

*Dos años de estado de emergencia  
le han costado el poder al partido del Congreso.  
Pero la coalición que le sucede,  
bastante dispar, tendrá problemas  
para llevar a cabo todo lo prometido.*

# La retirada de Indira Gandhi

KENIZE MOURAD

JAMAS hubiésemos creído capaz a nuestro pueblo de semejante conciencia política". Esta confesión de un intelectual de Nueva Delhi es al mismo tiempo la de toda la oposición india. Ni siquiera en sus sueños más locos se hubiera atrevido pronosticar tamaña victoria. Desde el Rajasthan hasta Madhya Pradesh y Bihar, dominado por el sistema de castas, pasando por Uttar Pradesh, feudo tradicional de la señora Gandhi, todo el Norte del país se ha visto barrido por la oleada anti-Congreso, al margen de las tradicionales barreras de religión, de lengua y de casta. El colmo de los colmos ha sido la derrota de la señora Gandhi y su hijo en sus propias circunscripciones.

¿Cómo ha encajado Indira Gandhi su derrota? Hace dos años, ante las acusaciones de fraude electoral, la primer ministro reaccionó imponiendo el estado de emergencia en lugar de dimitir. En esta ocasión, toda la India esperaba un nuevo golpe de fuerza si el partido del Congreso llegaba a encontrarse en dificultades. Pero la oposición había recomendado vigilancia, y varias decenas de militantes controlaban las urnas y los centros de recuentos de votos. El fraude resultaba imposible a gran escala. Parece que Indira Gandhi pensaba recurrir a una provocación que le habría permitido imponer nuevamente el estado de emergencia. Pero el globo sonda lanzado unos días antes de las elecciones fue un fracaso: nadie creyó por un momento en la veracidad del atentado contra el hijo de Indira, Sanjay. La primer ministro había perdido por otra parte el apoyo incondicional del Ejército y la Policía. Horas antes de que se publicasen los resultados, Indira Gandhi convocó a los jefes de los tres Ejércitos. Estos, al parecer, la disuadieron de que tomara la mínima iniciativa: el pueblo estaba especialmente indignado, y las "fuerzas del orden" no respondían de nada. En cuanto al personal de tropa, salido de los medios pobres —precisamente los que más habían sufrido durante los dos últimos años—, no se podía seguir confiando en su lealtad.

## Las pequeñas unidades

Mientras que se confirmaba hora tras hora el fracaso de su par-



Morarji Desai, nuevo primer ministro, durante su campaña.

tido, Indira intentaba poner en pie todo tipo de planes, de alianzas para mantenerse en el gobierno. Jamás, ni siquiera en el último momento, creyó la primer ministro que podría resultar derrotada en su propio distrito de Rae Bareilly, al que había mimado especialmente. Cuando se anunció que había sido elegido su adversario, el socialista Raj Narain —que le llevaba una ventaja de cincuenta votos—, el estupor fue grande. India, que se jactaba de conocer mejor que nadie el pulso de la nación, no había sospechado siquiera la magnitud del descontento general. Había caído en la trampa de su propia propaganda, y ahora no le quedaba más remedio que dimitir, lo que hizo "graciosamente", ayudada por los miembros del partido del Congreso, que no deseaban que todo el partido se hundiese con ella.

Ha sonado, pues, la hora del Janata. Todo el mundo se pregunta aquí por este Partido del Pueblo, constituido por cuatro organizaciones a las que nada hasta este momento parecía vincular entre sí, con excepción de su común rechazo del estado de emergencia impuesto por la señora Gandhi hace diecinueve meses. Forman parte del Janata los socialistas, repartidos entre una tendencia socialdemócrata y otra más radical, representada por el dirigente sindical George Fernandes, que dirigió la campaña electoral desde la cárcel; el BLD (Partido del Pueblo Indio), com-

puesto de grandes latifundistas dedicados a la agricultura moderna, aun cuando mantengan con sus obreros relaciones cuasi feudales; el Congreso O (Old, viejo), que rompió con el partido del Congreso en 1969, para protestar contra las nacionalizaciones de los Bancos y de las compañías de seguros y contra la abolición de la lista civil de los maharadhas; en fin, el Jan Sangh, partido nacionalista hindú muy próximo al RSS, organización paramilitar responsable de los pogroms contra los musulmanes y que goza del favor de las clases medias.

Preguntado por esta extraña coalición, LK Advani, secretario general del Janata y miembro del antiguo Jan Sangh, explica que nació de las discusiones desarrolladas en las cárceles durante diecinueve meses: "Estamos de acuerdo en lo esencial. El Jan Sangh no es un partido fascista. Nunca ha pretendido otra cosa que 'indianizar' a los musulmanes de la India, es decir, integrarlos mejor. Si el RSS nos ayudó en un principio, en 1951, somos desde hace tiempo organizaciones totalmente independientes". Cuentan además como ardientes defensores a los socialistas, que aseguran que el Jan Sangh ha cambiado mucho, mientras que un miembro del Partido Popular murmura: "Si algunos han podido fundirse en el partido del Congreso, ¿por qué no habrían de poder hacerlo otros en el Janata?" Y, añade, el partido del Congreso, formado

por todas las antiguas fuerzas nacionalistas antibritánicas, no es más que una mezcla heteróclita de elementos de derecha y de izquierda unidos por el mejor de los cementos: el poder.

El programa del Janata prevé el restablecimiento de las libertades democráticas y la vuelta a la tradición grandhiana de descentralización económica y de desarrollo rural integrado. "El único modelo válido para la India, afirma Advani, pasa por la vuelta a las pequeñas unidades que emplean mucha mano de obra y exigen pocas inversiones. No queremos eliminar la gran industria, indispensable para cualquier nación moderna, pero sí limitarla. El modelo occidental no nos ha servido hasta ahora".

Los patronos del sector privado están preocupados. Se habían acostumbrado bastante a Indira Gandhi y se habían dado cuenta rápidamente que su "socialismo" no representaba para ellos ningún peligro. Durante los diez últimos años habían prosperado a un ritmo muy satisfactorio, sobre todo desde que con el estado de emergencia se congelaran los salarios de los obreros, se prohibieran las huelgas y se promulgasen leyes favorables a la extensión de los monopolios. En 1976, Birla, el gigante indio, obtuvo unos beneficios brutos de mil trescientos millones de rupias (1), es decir, el doble con respecto al año anterior al de la declaración del estado de emergencia. Durante la campaña electoral, los hombres de negocios introdujeron sumas ingentes de dinero en las cajas del partido del Congreso. Cuando acudieron a felicitar al nuevo primer ministro, Morarji Desai, fueron muy mal recibidos.

Desai tiene, sin embargo, reputación de partidario de una economía liberal y de querer estrechar los lazos con los Estados Unidos. Promete "una política 'no alineada' con el centro y que no lo estará tampoco con la izquierda". El anuncio de su nombramiento satisfizo al mundo de los negocios, y en la Embajada de los Estados Unidos se nos dijo: "Mientras Francia gira a la izquierda, la India lo hace a la derecha". Parece, sin embargo, que este enérgico anciano de ochenta y un años, conocido por su honradez y su austeridad, desea realmente poner en práctica las enseñanzas





Indira Gandhi: una jugada que no dio resultado.

de Gandhi, del que fue ferviente discípulo. De todas formas, el partido Janata ha hecho tantas promesas que se verá obligado, en los primeros meses, a adoptar medidas populistas, y en particular, la relativa al aumento general de los salarios, lo que agravará una tendencia inflacionista que en 1976 alcanzaba ya el 12 por 100. "Vamos a entrar en un período muy difícil —reconoce H. M. Patel, que fue uno de los jefes de fila de la oposición al

partido del Congreso—, habrá muchas huelgas, sobre todo porque los sindicatos están infiltrados por miembros del Congreso, que tratarán de ponernos en constantes aprietos". ¿Cómo reaccionará el conglomerado de partidos de derecha y de izquierda frente a esos torbellinos sociales, que no pueden tardar?

#### El foso Norte-Sur

El partido del Congreso, hoy el

mayor de la oposición —154 miembros del Parlamento contra los 271 del Janata— contempla la situación con ojo irónico. Subramanian, antiguo ministro de Finanzas, bromea: "No pueden hacer milagros. Si siguen en el poder, tendrá que ser marginando los problemas, tal y como hemos venido haciendo nosotros durante algún tiempo". Confía en que la coalición gubernamental estalle mucho antes de las próximas elecciones, que normalmente deberán celebrarse dentro de seis años.

Por otro lado, el partido de la señora Gandhi está haciéndoles la vida difícil a los nuevos dirigentes. EZL Janata sólo dispone de mayoría en el Lok Sabha (la Cámara baja); el partido del Congreso sigue controlando los dos tercios del Raja Sabha (Cámara alta), así como los gobiernos de veinte Estados de la Unión. A menos que celebre rápidamente elecciones locales, el Gobierno central va a encontrarse paralizado: "Pero si convocamos esas elecciones, la oposición nos tratará de dictadores", gime el Janata.

Otro quebradero de cabeza: el foso existente entre el Norte y el Sur según se desprende de los resultados de las últimas elecciones. Todo el Sur de la India ha votado

por el partido del Congreso. Este se dedicará con toda seguridad a explotar el sentimiento de frustración del Sur, que ha tenido siempre la impresión de ser el sector explotado. Pero es un juego peligroso en un país donde la multiplicidad de lenguas, razas y religiones es un foco continuo de tendencias secesionistas.

El nombramiento como primer ministro de Jagjivan Ram, dirigente del partido del Congreso para la democracia, habría permitido, tal vez, reconstruir los puentes. Ese ex ministro de la Agricultura, miembro del Gobierno durante veinte años, pertenece a la casta de los intocables. Es un político hábil que goza de enorme prestigio en la India, particularmente en el Sur, donde la proporción de intocables es importante. Hasta el último momento, Ram estuvo a punto de obtener el puesto. Finalmente, sin embargo, se lo llevó Desai. Pero Ram no ha dicho todavía la última palabra, y se rumorea incluso que dentro de unos meses podría sustituir a Morarji Desai, que no tiene ya edad para asumir tales responsabilidades. ¿Un intocable a la cabeza de la India? Sería la realización del sueño de Gandhi. ■ (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)

## Natalidad

# "¡Tendré hasta diez si quiero!"

INDIRA Gandhi ha perdido su poder absoluto por culpa de un mal envite. Para meter definitivamente en cintura a la clase política india, pensaba, aprovechando las elecciones generales, conseguir el apoyo de la India de las quinientas mil aldeas. Fue un error de cálculo: la "India profunda" no sucumbió a la seducción de la hija de Nehru. ¿Por qué? Para tratar de entenderlo hemos recorrido de Este a Oeste el Estado más populoso de la India, el Uttar Pradesh, donde la propia Indira Gandhi segula con su hijo Sanjay la batalla electoral.

Mamaukharam es un pueblo de adobe, situado al cabo de un camino polvoriento, a varios kilómetros de la carretera Lucknow-Benares, en el centro de la llanura indo-gangética apodada "el granero de la India".

Ni más pobre ni más rica que decenas de millares de otras aldeas, Mamaukharam, con sus ochocientos habitantes, vive todavía en circuito semicerrado. Desde hace algunos años, los campesinos han de ceder la cuarta parte de su cosecha de arroz y de trigo al Gobierno, que fija el precio —este año, quinientas rupias el quintal, es decir, ochocientos setenta pesetas—. Eso, añadido a la venta de las patatas y de las colifloras —productos de lujo— les permite pagar los abonos y el regadío de su pequeño lote de tierra, así como el aceite para cocinar y el jabón. Los años prósperos, como lo fueron los dos últimos, el campesino más pobre puede comprarse incluso un sari de algodón a la mujer. Pero la cosecha de este fin de marzo de 1977 es catastrófica. Apenas la mitad que la del año pasado, porque las lluvias han sido escasas y el agua del canal insuficiente. Agua que habrá que pagar en todo caso. Y muy cara. Porque el Gobierno ha duplicado su precio, como ha incrementado en un 50 por 100 el de los abonos y las simientes. Los impuestos sobre los

ingresos agrícolas se decuplicaron inicialmente para quedar reducidos luego a la mitad en vísperas de las elecciones.

• Pero la mecha que encendió el polvorín, lo mismo en Mamaukharam que en todo el Estado del Uttar Pradesh y en todo el Norte de la India fue el nasbandi, la esterilización. En un año siete millones de hombres y mujeres han sido esterilizados voluntariamente o por la fuerza. Cada provincia tenía una cuota que cumplir. Para ganarse los favores del Gobierno central, algunos funcionarios mostraron un celo especial. Así, por ejemplo, el primer ministro de Uttar Pradesh, N. D. Tewari, ordenó que se practicaran un millón cien mil operaciones de esterilización en lugar de las quinientas mil exigidas por Nueva Delhi. Al mismo tiempo los maestros y los pequeños funcionarios eran sometidos a presiones continuas: si no conseguían cierto número de "voluntarios" se les dejaba sin sueldo. A la vuelta de dos meses cedían hasta los más tenaces. ¿Quiénes han sido las víctimas de esta política ordenada por el Gobierno? Los más débiles y los más pobres, muchos intocables y también —según parece— musulmanes. A veces, aldeas enteras eran rodeadas por la Policía y todos los varones esterilizados por la fuerza, como ocurrió en Uttawar, a ochenta kilómetros de Nueva Delhi. Si el partido del Congreso se hubiese propuesto cavar su propia tumba no lo habría hecho de otra forma. En todos los pueblos que visitamos escuchamos la misma frase: "Ella (la señora Gandhi) no tiene ningún derecho". Circulaban canciones de moda con las letras cambiadas: "Indira, tienes derecho a cortarnos la cabeza, pero no el pene". "Las mujeres son particularmente vehementes, ellas que parecen tan tímidas: "Tengo seis hijos y tendré hasta diez si me da la gana".

En la aldea de Mamaukharam, Ram Misra es el único brahmán, el único representante de la más alta de las castas hindúes. Pero es al mismo tiempo más pobre que la mayor parte de los intocables, que constituyen el 70 por 100 de los habitantes de la aldea. Sin embargo, jamás compartiría una comida con ninguno de ellos. Y su gran temor es que los comunistas lleguen un día al poder, porque le han dicho que entonces "todos tendrán que comer juntos". A sólo unos metros de su granja hay un grupo de casitas parecidas a la suya. Es la comunidad chamar, la aristocracia de los intocables. Carpinteros por tradición, quienes componen esa comunidad sienten un cierto desprecio por los otros dos sectores de la aldea. Los intocables parsis, que son los encargados de limpiar la vía pública de los cadáveres de animales, y sobre todo los intocables dom, los parias de los parias, a quienes está encomendada la repugnante tarea de... cortar el cordón umbilical de los recién nacidos. Un poco más lejos todavía viven los musulmanes: el 25 por 100 de la población total de la aldea.

Pero en vísperas de las elecciones el peligro común del "nasbandi" logró acallar toda disputa de casta o religión. Todas las castas hicieron causa común frente al Partido del Congreso, no porque estuvieran de acuerdo con su oponente, el Janata, nacido hace tan sólo seis semanas de la unión de cuatro partidos de derecha y de izquierda, sino porque pensaban que, de todas formas, este último partido no podía ser peor. Y lo cierto es que el Janata al menos se ha opuesto a la esterilización. "Indira Gandhi nos prometió acabar con la pobreza. Pero sólo ha intentado acabar con los pobres", se dice en la India. Y los pobres no se lo han perdonado. ■ K. M.